

**E.
HARO
TEGLEN**

EL FASCISMO SOCIOLOGICO

EN el análisis de los actos y manifestaciones de la derecha no democrática celebrados en torno a la fecha del 20 de noviembre, los observadores encuentran una serie de hechos diferenciales con respecto a actitudes anteriores que se pueden resumir en unos cuantos puntos: 1) la aparición de políticos y personalidades que hasta ahora habían intentado caminos más abiertos; 2) la suma de una "derecha sociológica", formada por grupos o personas que se consideran víctimas de una situación de crisis y que, sin proceder de una ideología determinada, tienden ahora a culpar al nuevo régimen y a buscar unas salidas por una oposición radical; 3) la atenuación de las evocaciones a Franco y al régimen anterior, como muestra de que no se busca concretamente una reinstalación o una vuelta atrás, sino una aplicación política actual a situaciones actuales; 4) la reducción al máximo de la violencia o de la agresividad, que suelen apartar a personas "de orden" o dar una sensación de que las salidas se buscan por la fuerza. Podría añadirse a todo una muestra de hiperactividad, de signos externos —banderas enormes, coches incesantes, claxons, altavoces con himnos, uniformes o brazaletes—, con los que se obtiene la sensación no sólo de que este grupo es más grande de lo que es, sino de que una situación inmovilizada o de perplejidad de las otras fuerzas políticas, la capacidad y la eficacia están precisamente de ese lado. La observación de cómo evoluciona este fenómeno parece haber llegado, finalmente, al Gobierno; se pueden interpretar en ese sentido las palabras del portavoz gubernamental Josep Meliá al terminar el Consejo de Ministros del viernes de la semana pasada, cuando dijo que el Gobierno estudió el tema insistiendo, sobre todo, "en los factores que pudieran inquietar a la sociedad actual" y anunciando sanciones o intervenciones fiscales en torno a lo que pudiera haber de injurioso en algunos de los actos hacia el jefe del Estado o la institución monárquica. Una toma de posición evidentemente tardía, e incluso revestida de ligereza y falta de profundidad, si seguimos ateniéndonos a las palabras del portavoz que aludió a la "brevedad" con que el Consejo de Ministros había tratado el tema, e incluso aludiendo a que alguno de los hechos no había sido ni siquiera comentado: "El Gobierno suele ocuparse de cosas más serias".

LA seriedad del tema resulta, sin embargo, evidente. No por lo anecdótico, por la posibilidad de sanciones o de represiones, sino por cuanto supone de hecho concreto dentro de nuestra sociedad. La aparición de los fascismos en la Europa de los años veinte y treinta está lo suficientemente estudiada como para seguir atribuyéndola todavía a fuerzas oscuras y pasionales, a instintos de agresividad o a la locura de unos determinados dirigentes. Se sabe que obedecían a una determinada crisis de la sociedad, y también a una determinada degeneración, en aquellos momentos, de las formas democráticas occidentales, que analizaron muy bien los propios demócratas con sentido crítico. Como se sabe, también, que formaban parte de una respuesta organizada incluso por los sectores llamados liberales y capitalistas, y de una burguesía que tenía miedo al desclasamiento, frente al fenómeno de la instalación del comunismo en un país y de su expansión por la Europa de la gran crisis económica.

EN qué medida se reproducen ahora estas circunstancias y en cuánto pueden afectar una reaparición del fenómeno? La comparación es muy relativa. Entre entonces y ahora se ha producido, en primer lugar, un desprestigio del fascismo —léase también nazismo: es una forma genérica, dejando ahora aparte los matices— como consecuencia de la guerra mundial y del descubrimiento de los hechos que realizó. No parece posible imaginar una reinstalación paralela, ni parecida incluso en países que viven la Historia con otro tiempo —como en Latinoamérica— se está, poco a poco, erradicando. En segundo lugar, los modelos de comunismo triunfante, en los diversos países donde se ha instalado, han perdido también ante la mayoría europea su calidad de ejemplo: no hay ninguna tendencia



hacia el comunismo duro de la URSS. Si ésta aparece como enemigo potencial de Occidente —y viceversa—, se piensa ya más en problemas de grandes potencias, de enfrentamientos por la hegemonía, a la manera clásica, que en un desarme ideológico. Podría decirse que en gran parte ha cambiado el concepto de democracia igual a régimen débil que traspasaba en los años treinta, y la misma victoria en la guerra mundial ha contribuido mucho a diseñarla como un régimen capaz, también, de la fuerza y con una eficacia superior.

LA naturaleza de la crisis tiene ahora otros factores. Y otra nomenclatura. Se desplaza hacia el revolucionarismo del Tercer Mundo y no es extraño que se utilice la figura de Jomeini como la de un nuevo Hitler, con todos los atributos equivalentes —la locura, el fanatismo de la guerra santa y, en este caso, la utilización plena del arma antioccidental que es el petróleo— para realizar un rearme moral. En este rearme figuran desde Wojtyla a la señora Thatcher, pasando por Brzezinski y otros entes menores, pero igualmente defensores de los "valores de Occidente". En España, la situación es distinta, pero paralela. Como se sabe, no todos los países viven simultáneamente en el mismo tiempo histórico, ni siquiera todos los sectores de un mismo país. España está sufriendo más la crisis



Cristóbal Martínez Bordiú, marqués de Villaverde, pronuncia su polémica conferencia sobre Franco en la sede de Fuerza Nueva (izquierda). Arriba: Blas Piñar, aspirante a "caudillo", baja de la tribuna instalada en la plaza de Oriente en la conmemoración del cuarto aniversario de la muerte de Franco.

económica general porque tenía menos reservas, porque estaba más desvalido. En España el viejo régimen no ha muerto por guerra o revolución, sino que ni siquiera ha muerto del todo, y está entretejido en todos los factores actuales de poder. La pobreza endémica, la incuria antigua, son factores distintos a los de la estabilidad democrática en Francia o en Inglaterra. Y la democracia, a pesar de su forma de advenimiento, de estar acunada por el régimen anterior, se presente con un doble defecto original: para unos, sigue siendo el mismo régimen débil por el que se atacaba a las democracias europeas de los años treinta; para otros, sigue siendo poco democrática.

LA reaparición de un fascismo en España parece poco probable. No se reproducen las condiciones de 1936, ni la situación mundial es equivalente: no hay apoyos externos. Ni hay un revolucionarismo frente al que se defiendan las clases que se consideran amenazadas. No hay, ni mucho menos, amenaza de una conquista del poder por la izquierda; no hay ninguna condición objetiva que haga pensar en el golpe de Estado. Pero lo que sí se configura en la existencia de esta extrema derecha como un grupo de presión muy poderoso. Su crecimiento sociológico y la suma de las derechas más moderadas probablemente no suponen una inversión del proceso electoral o referendario, aunque en las elecciones de dentro de tres años largos pudiera meter en las Cortes un número estimable de diputados. El crecimiento de este grupo de presión, en cambio, puede desnaturalizar la democracia; la está desnaturalizando ya. Parece que la respuesta posible no está en sanciones, amenazas o persecuciones, ni mucho menos en gritos de alarma, sino una creación decidida y prudente de las verdaderas condiciones de la democracia. Que no es solamente una conjunto de mecanismos de régimen, un sistema formal, sino en la profundización de unos valores que están lejos de ser caducos. Y en una cierta valentía cívica que no vemos, por ahora, aparecer.

ESPIRITUALISTAS, MATERIALISTAS

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

CARECE —por Wojtyła, por Jomeini, por algunos pistoleros de Occidente— como si se reanudara la vieja lucha entre el espiritualismo y el materialismo. No tiene la virtualidad antigua porque sabemos lo que hay detrás de los términos. El espiritualismo defiende una sociedad material de bienes concretos: el matrimonio burgués como endogamia que perpetúa una clase, la educación de los hijos como herederos del poder, las grandes concentraciones geopolíticas para evitar la fragmentación de ese mismo poder. El materialismo busca unos bienes abstractos que se cifran en el huir, evanescente concepto de libertad; las relaciones humanas como fruto de una voluntad variable, la quizá imposible devolución de la Naturaleza, la formación de los hijos en la capacidad de elegir por ellos mismos, la revaluación de toda clase de minorías. Cualquier observador tenuemente neutral encontraría que los términos del enfrentamiento están trastocados, y que el materialismo corresponde a quienes se llaman espiritualistas, y viceversa.

Pero no va a ser posible cambiar esta nomenclatura. Los que tienen la propiedad de todo la tienen también de las palabras, y hace tiempo que decidieron llamarse espiritualistas, y ligar el concepto de alma a lo que supone el esplendor de sus propios cuerpos. Han creado un cuerpo especializado que va desde el sacerdote —ya en el antiguo Egipto...— a los Ministerios de Cultura —ya en la moderna España...— especializados en esta semántica. Con sus pálidas posaderas ablandadas por el sillón chester, su whisky ambarino en la mano, su digestión un poco pesada por el *faisán a las uvas*, piensan con tristeza y desdén en los obreros parados, o en los que cargan sus nóminas, o el autonomista frustrado, o en el herido por un amor antisocial, como en personajes afectos a lo material, capaces de hundir esta civilización tan bien hecha sobre lo puramente espiritual: sobre la piedra y el trabajo de las catedrales, los toneles de Borgoña aplastados por los años, la delicadeza de una "villa d'amore" del gran periodo veneciano o los poemas imperiales de Garcilaso. Y si aún fuera eso... Pero a veces el espiritualismo se limita a una homilla en el barrio de Salamanca, la evocación de "Rosas de otoño", de Benavente, o la cacería en el coto privado.

En todo ello encuentran la identidad del alma. La oponen al cuerpo, que es una cosa de pobres de espíritu. Y de todo lo demás. El materialista merece mano dura. La mano de Jomeini o la que se inspira en Wojtyła. El materialismo contemporáneo, que imagina ciertas posibilidades de libertad individual, de renacimiento cultural, de simple supervivencia. Querer sobrevivir es una cosa detestable.

Y, al fondo, se oyen las voces de María Antonieta cuando el pueblo se acumulaba a las puertas de palacio pidiendo pan: "¿No tienen pan? Qué tontería, pues que coman tortas". Poco tiempo después, la cabeza de María Antonia —no sabemos, en realidad, por qué deformación le seguimos llamando Antonieta: Antoinette, en francés, es simplemente Antonia— rodaba con la guillotina. Luego, los espiritualistas se compraron la guillotina. Había que hacerla funcionar en el sentido inverso. Como los vocablos espiritualista, materialista. ■

POZUELO